

EL ORIGEN DE LA MEDICINA EN OCCIDENTE: HIPÓCRATES Y SU LEGADO*

Roberto Soto Ayala

*—La vida es breve; la ciencia, extensa;
la ocasión, fugaz; la experiencia,
insegura; el juicio, difícil.”¹*

El cuerpo fue siempre asunto de importancia para los griegos en la Antigüedad. Desde Homero² hasta los tiempos de las conquistas alejandrinas las fuentes dan cuenta de un pueblo que otorgó significación a las visibles capacidades y bellezas corporales, homologadas corrientemente con las invisibles del alma o el espíritu. Lo suyo hizo el arte escultórico a partir de los siglos del periodo arcaico, o la costumbre del ejercicio gimnástico en consonancia con el culto a la belleza, a la fuerza y a la destreza del cuerpo humano. Esta inclinación hacia una no menor valoración de la corporeidad humana, encuentra igualmente su manifestación en la preocupación, que también caracteriza a los griegos desde tiempos remotos, por los temas de la salud: durante siglos ligados, como toda la cultura griega, al ámbito del mito y de los dioses, pero a partir del siglo V de la mano de la ciencia y cada vez más lejos del Olimpo³.

Tradicionalmente, y por costumbre de los propios antiguos, se atribuye el nacimiento de la medicina a Hipócrates, lo cual es en cierto modo

* Agradecemos a la profesora María del Carmen García Sola del departamento de Filología Griega de la Universidad de Granada, por las valiosas y sabias observaciones con que ha contribuido a la elaboración de este trabajo.

¹ Hipócrates, *Aforismos*, 1. Hemos revisado las obras del *Corpus Hippocraticum* en: García G., C., Lara N., M., López F., J., Cabellos A., B., *Tratados Hipócraticos*. Madrid, 1983.

² Sobre el tratamiento del cuerpo, el dolor y la muerte en Homero véase: Lledó, E., *En el origen de la corporeidad*. Granada, 2001.

³ Cfr. Vidal G., G., *Retratos de la Antigüedad Griega*. Santiago de Chile, 2001, p.119.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

verdadero, y en cierto no. No se puede negar la existencia de una medicina anterior, que si bien cuesta separar del ámbito de la religión o de la magia, influye en lo que devendrá la llamada medicina hipocrática de los tiempos de la Grecia Clásica. Testimonio de la medicina prehipocrática encontramos por ejemplo en el culto a Esculapio en Epidauro o a Hygieia en Cos y en toda Grecia. Así mismo, los propios textos conservados en el *Corpus Hippocraticum* dan cuenta de una tradición más antigua testimoniada igualmente por el historiador de Halicarnaso⁴. La propia vida del universalmente denominado —*padre de la medicina*” atestigua que es también él, en cuanto al cultivo de la ciencia se refiere, hijo de una no breve tradición. En efecto, Hipócrates fue discípulo de Gorgias de Leoncio, de Heródico de Selimbria y además de su propio padre Heráclides, quien a su vez había heredado el arte médico del suyo, llamado también Hipócrates. La tradición griega quiso llevar aún a tiempos más tempranos a los de su abuelo los posibles orígenes de la medicina, lo cual exigió, para no restar a Hipócrates los méritos de fundador, hacer llegar su genealogía a tiempos inmemoriales. Todavía Isaac Tzetzés, gramático bizantino del siglo XII, lo vincula con Podalirio, sobreviviente de la Guerra de Troya, así como con Esculapio y Hércules.

Hipócrates nació en Cos en 460, en tiempos en que la isla del Dodecaneso formaba parte de la federación ateniense. Primero en su isla y luego en Tesalia habría practicado y difundido un saber médico que si bien se reconocía parte de una tradición anterior, adquiriría con él un rostro renovado. Percibía pues que la medicina comenzaba un camino en matrimonio con la ciencia, de la que hasta hoy en Occidente no se ha divorciado. Ha sido el carácter científico del arte médico que caracterizó la obra hipocrática, por sobre sus aciertos o errores, lo que ha hecho a este oriundo de Cos ostentar por siglos el título de —*padre de la medicina*”. Así como con Tucídides la historia procura no apelar más a explicaciones de origen divino para los

⁴ Como es el caso Democedes, aquel famoso médico pitagórico de Crotona quien, tras ser apresado y hecho esclavo por los persas en Samos, recuperó su libertad curando al propio rey Darío y a su mujer, regresando luego a Grecia ayudado de una ingeniosa estratagema. Cfr. Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, III, 129-137.

asuntos humanos⁵, la medicina hace lo suyo con Hipócrates, sin por ello oponerse a la existencia de la divinidad con un discurso ateo. Para el médico de Cos, existe en efecto una dimensión sagrada de la realidad: La divinidad se muestra en la regularidad de las leyes naturales y no en la conducta antojadiza de divinidades antropomórficas personalizadas. Lo divino para Hipócrates está íntimamente ligado con lo natural, es decir, con aquello que es, sin más, como es. El frío, el sol o los vientos son para él, por ejemplo, realidades divinas que, en cuanto son cambiantes, influyen directamente sobre la salud y enfermedad de los hombres.⁶ —Aunque los médicos hipocráticos -comenta López Piñero- eran religiosos, cuidaron expresamente de separar las interpretaciones racionales de la enfermedad de las creencias religiosas.”⁷

Murió al parecer en Larissa, para algunos de 85 para otros de 109 años, lo cierto es que bastante viejo. No podía ser de otra manera, el padre de la medicina y guardián de la salud de los hombres, debió serlo también de la suya. Incluso *post-mortem* su poder curativo mantuvo vitalidad: Según la tradición, de su tumba salió un enjambre de abejas teniendo su miel virtudes curativas contra las aftas infantiles. A pesar de que sus restos no descansaron en el suelo verde de Cos, los habitantes de la isla mantuvieron vivo el orgullo de ser coterráneos del padre de la medicina. Se preocuparon de conservar el santuario a Asclepio, acuñaron algunas monedas con el rostro de Hipócrates, le erigieron bustos y celebraron oficialmente cada año, con pomposos ritos y sacrificios, su nacimiento. Fruto del orgullo de los isleños, y a pesar de los no fáciles avatares que la historia ha propuesto a los griegos, sobre todo en los siglos de la llamada *turcocracia*, se han conservado hasta nuestros días el santuario de Asclepio y un número no despreciable de objetos relacionados con Hipócrates y la historia de la medicina en la isla, atesorados en el museo de Cos. Uno de los más valiosos es el famoso mosaico de época romana que da cuenta del vigor que conservaba por aquellos tiempos la figura de Hipócrates: en él se le observa junto a un compatriota recibiendo al mismísimo Asclepio, que desembarca en suelo insular.

De su vida conservamos más anécdotas de corte legendario que

⁵ Cfr. Vernant, J-P., *Mito y Sociedad en la Grecia Antigua*. Madrid, 1982, pp. 174-175.

⁶ Cfr., Hipócrates, *Sobre la Enfermedad Sagrada*, 21.

⁷ López P., J., *Historia de la Medicina*. Madrid, 1990, p. 31.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

historias propiamente tales, aunque si algo tienen de históricas las leyendas es que suelen dar cuenta del perfil psicológico de sus personajes en la óptica del pueblo, lo cual creemos, las hace dignas de ocupar un sitio de importancia no menor en los anales historiográficos. Los cuentos sobre Hipócrates no han sido demostrados por la historiografía y difícilmente lo serán algún día, no obstante, coinciden en presentarnos a un hombre intelectualmente genial, acucioso en el trabajo, agudo en el análisis y orgulloso de su condición de griego.

Célebres son las negativas de Hipócrates de curar la peste que azotaba al ejército persa, desoyendo incluso el requerimiento del propio Gran Rey Artajerjes, y los males que, desde el otro lado del mundo, afectaban a Ilirios y Peonios. Y celeberrima la defensa que hiciera del filósofo Demócrito, a quien no sólo en Abdera, sino en toda Grecia, se tenía por loco. Sólo la palabra autorizada de Hipócrates pudo poner fin a tales habladurías. El médico de Cos, no pudiendo curar la demencia del filósofo por inexistente, curó sí su reputación: desde entonces Demócrito ya no fue loco sino genio.

Contamos también con noticias, de veracidad menos discutible, en relación con la figura de Hipócrates como maestro formador de médicos. La Escuela Hipocrática, —notabilísima organización dedicada a las investigaciones que, en medio del siglo que va del 440 a 390, hizo prodigios de observación sistemática y de análisis rigurosamente racionales... ”⁸, no refiere estrictamente una doctrina, como ocurre con la filosofía por ejemplo cuando hacemos la distinción entre las escuelas de Parménides de Elea y de Heráclito de Éfeso. La referencia a la Escuela Hipocrática se hace en relación con la formación que recibieron, a partir de Hipócrates, muchas generaciones de médicos en Cos. Si bien es posible establecer diferencias con la llamada escuela Cnidia⁹, reunida en torno a Eurifonte, lo propio de los hipocráticos está siempre relacionado con la formación al alero de la figura personal de Hipócrates y de las tradiciones de Cos, que si bien albergan diferencias en cuanto a temáticas propiamente médicas, conservan vivo un mismo espíritu en relación con el oficio médico, su ética y su enseñanza. La necesidad de conservar estos lazos espirituales que reúnen a la escuela, es explícita en el *Juramento*: —(Juro...) Tener al que me enseñó este arte en igual estima que a

⁸ Finley, M.I., *Los Griegos de la Antigüedad*. Barcelona, 1962, p. 124.

⁹ Cfr., Hipócrates, *Sobre la Dieta en las Enfermedades Agudas*.

mis progenitores, compartir con él mi hacienda y tomar a mi cargo sus necesidades si le hiciere falta; considerar a sus hijos como hermanos míos y enseñarles este arte, si es que tuvieran necesidad de aprenderlo de forma gratuita y sin contrato; hacerme cargo de la preceptiva, la instrucción oral y todas las demás enseñanzas de mis hijos, de los de mi maestro y de los discípulos que hayan suscrito el compromiso y estén sometidos por juramento a ley médica, pero a nadie más”¹⁰.

El círculo de iniciados fue en principio bastante estrecho pareciendo no querer salir, como había sido hasta el momento, de los límites familiares. Sus primeros aprendices fueron precisamente sus hijos, Tésalo y Dracón. Así mismo, su principal discípulo, aquel que lo sucedió en la escuela de Cos cuando abandonó la isla para establecerse en Tesalia, y hasta ahora considerado uno de los grandes médicos de esta fase inicial de la historia de la medicina, fue al mismo tiempo su yerno. En efecto, Pólipo, además de ser el autor de varios de los más importantes tratados del *Corpus Hippocraticum*, como *De la Naturaleza del Hombre* por ejemplo, se casó con la hija de su maestro. El círculo no obstante fue paulatinamente abriéndose, conforme se difundía por todo el mundo la fama de las artes curativas hipocráticas, incluso fuera del ámbito de la isla de Cos, como atestigua el discipulado de Sinesio de Chipre. La escuela de Cos, fructífera en la época clásica comenzará su declinación en los tiempos helenísticos. No fue la partida de Hipócrates lo que produjo la decadencia, lo cual habla muy bien de la solidez de la escuela, sino el declive de las ciudades-estado en pos de las nacientes metrópolis. Era la era de Pérgamo y Alejandría y ya no más la de Atenas o Esparta. Poco podía hacer frente a este nuevo escenario histórico la pequeña Cos. No obstante, la marca hipocrática es reconocible en los más importantes médicos alejandrinos, como es el caso de Herófilo y de Erasítrato.

El cientificismo hipocrático, al que aludíamos anteriormente, queda atestiguado en las fuentes en el *Corpus Hippocraticum*, obra que si bien no pudo ser escrita toda por el propio Hipócrates, al menos se hace cargo de su

¹⁰ Hipócrates, *Juramento*.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

pensamiento o del de alguno de sus discípulos más directos.¹¹ Mucho se ha dicho acerca de la llamada “cuestión hipocrática”, y efectivamente, todo parece indicar que las obras contenidas en el *Corpus* fueron escritas por varios autores y en momentos diversos; unas en tiempos de Hipócrates, otras contemporáneamente a Aristóteles y todavía algunas en fecha posterior. No obstante, y a pesar de las diferencias e incongruencias de orden filológico y médico, es posible distinguir un espíritu común animando todos los textos. —Las cuestiones que se relacionan con la escuela de Hipócrates —comenta la voz autorizada de Lesky— son numerosas y difíciles, pero a pesar de los muchos problemas insolubles, se destaca con nitidez y de manera impresionante el espíritu de esta medicina clásica. Este espíritu está definido por una actitud de riguroso método científico”.¹²

El categórico diagnóstico de la hasta entonces denominada “enfermedad sagrada”, en el tratado conocido con este mismo nombre, y que presenta por primera vez la epilepsia como lo que es, es decir, como una enfermedad o anomalía del cuerpo cuyas explicaciones se hallan en el ámbito de lo natural y no de lo sobrenatural, constituye el ejemplo clásico del vuelco que supone para la historia de la medicina occidental la obra de Hipócrates. En este tratado, el médico de Cos polemiza vehementemente con todos aquellos médicos que daban aún crédito al carácter supuestamente sagrado de la epilepsia: —Junto con sus palabrerías y maquinaciones —señala— fingen saber algo superior y embaucan a la gente recomendándoles purificaciones y expiaciones, y el bulto de su charla es invocación de lo divino y lo demoníaco. Aunque a mí me parece que no construyen sus discursos en torno a la piedad, como creen ellos, sino, más bien, en torno a la impiedad y a la creencia de que no existen los dioses y que su sentido de lo piadoso y lo divino es impío y blasfemo como yo voy a demostrar”.¹³ Junto con desacreditar a quienes no

¹¹ Parte central de la llamada “cuestión hipocrática” ha sido la determinación del punto de arranque de la medicina como ciencia. Aun sin dudar del impulso que dio Hipócrates al cultivo del arte médico, no es posible afirmar si fue también él mismo quien le imprimió definitivamente el carácter científico que lo caracterizó desde entonces, o si fueron sus discípulos, como se inclina a creer Bowra: —Sus discípulos —señala— a quienes él enseñó a hacerlo sentaron las bases de la medicina científica.” Bowra, C.M., *La Atenas de Pericles*. Barcelona, 1966, p. 179.

¹² Lesky, A., *Historia de la Literatura Griega*. Madrid, 1985, p. 522.

¹³ Cfr. Hipócrates, *Sobre la Enfermedad Sagrada*, 3.

considera médicos sino magos, purificadores, charlatanes y embaucadores, y tras demostrarles como sus ritos curativos contradicen sus propios planteamientos, en cuanto distinguen una dieta cuyo consumo puede producir la enfermedad y cuya abstinencia evitarla¹⁴, Hipócrates expone sobre la etiología natural que puede explicar los estados epilépticos en un hombre y que vincula con el flujo de los humores y de los vientos.¹⁵

Otro ejemplo del carácter científico del arte hipocrático encontramos en el tratado *Sobre Aire, Aguas y Lugares*, el cual, considerado por muchos como el primer estudio etnográfico de la historia de Occidente, ha conferido también a Hipócrates el reconocimiento de padre de la Antropología. Para el médico de Cos las enfermedades y sus tratamientos no sólo eran explicables por lo que ocurría en el interior del cuerpo del enfermo, sino además, por las condicionantes externas a las que estaba sometido. Por eso se ha llamado también a su arte *medicina meteórica*, puesto que reconoce la influencia de los fenómenos de arriba, *μεῦάωπα*, en la salud y enfermedad del hombre. La definición del hombre como un sujeto situado, es decir, como un —~~ser~~ en relación con”, que encontramos en Homero, en los líricos y aún en los trágicos ligada a la figura de los dioses, se mantiene en Hipócrates, pero desde la nueva perspectiva de la explicación cosmológica de las relaciones físicas del hombre con su entorno. El tratado *Sobre la Naturaleza del Hombre* establece explícitamente que los actos humanos se realizan, y luego se explican, no por caprichosa intervención divina sino por el predominio de ciertos humores sobre otros conforme al paso de las estaciones y de acuerdo a la siguiente relación: la flema (fría y húmeda) en invierno, la sangre (caliente y húmeda) en primavera, la bilis amarilla (caliente y seca) en verano y la bilis negra (fría y seca) en otoño¹⁶. En consecuencia, las características físicas de un lugar, así como sus vientos y aguas y el suceder de sus estaciones, podían ser decisivas en el diagnóstico del enfermo, y por lo mismo, debían formar parte de los intereses de estudio del médico¹⁷, que por lo demás, realizaba su oficio de modo itinerante. En el tratado *Sobre Aire, Aguas y Lugares* Hipócrates desmitifica la tradicionalmente conocida impotencia de los escitas,

¹⁴ Cfr. *Ibidem*, 2-4

¹⁵ Cfr. *Ibidem*, 6- 21

¹⁶ Cfr. Hipócrates, *Sobre la Naturaleza del Hombre*, 7

¹⁷ Cfr., Hipócrates, *Aforismos*, III, 1-23

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

llamados ‘αναπήιοι¹⁸, atribuida por ellos mismos a la divinidad¹⁹. La polémica en este tratado es planteada con menos vehemencia que en *Sobre la Enfermedad Sagrada* puesto que el carácter sacro de la impotencia no era sostenido por médicos, sino por la creencia de un pueblo bárbaro de la estepa. De todos modos, el tratado afirma que si se tratase de una enfermedad de origen divino debiera atacar a aquellos que ofrecen menores sacrificios a los dioses, es decir a los pobres, y lo que ocurría, era exactamente lo contrario. Para Hipócrates, la verdadera causa del mal escita estaba vinculada con el oficio de jinete que los caracterizaba. Las largas horas que permanecía la aristocracia de la Escitia montada a caballo y ataviada con aquel estrecho pantalón característico de los pueblos asiáticos, que los griegos llamaron ‘αναξζπίδερ²⁰, provocaban serias afecciones y dolencias en las articulaciones y en algunos casos úlceras en las caderas. Frente a lo cual, los escitas procurando darse mejoría cortaban una vena detrás de cada oreja destruyendo con ello su semen, pues aquellas venas cuando son cortadas –desde la óptica hipocrática- provocan esterilidad.²¹ Sólo una explicación etiológica como ésta, desvinculada de creencias religiosas, pudo superar el examen racional del diagnóstico de un hombre como Hipócrates.

Es el determinismo hipocrático, en efecto, la manifestación del enfoque ante todo racional de su medicina. Para Hipócrates, las condiciones naturales, internas o externas, determinan al hombre así como pueden llegar también a hacerlo las de carácter cultural. En *Sobre Aire, Aguas y Lugares* la superioridad del coraje e inteligencia de los griegos sobre los asiáticos²² es

¹⁸ De ‘av- -sin” y ‘Απήιορ -varonil” y -guerrero” (a su vez de ‘Ατηρ -Áes”), es decir, llámase ‘αναπήιοι a los afeminados o los -fitos de Áres”, a los imposibilitados, por su condición de afeminados, de participar en la guerra.

¹⁹ Según la propia tradición escita, tras el castigo de Afrodita que los hizo -ermafroditas” (v. nota 38), la diosa los escogió otorgándoles el don de la adivinación. Cfr., Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, IV, 67.

²⁰ Cfr., Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, I, 71; Hipócrates, *Sobre Aires, Aguas y Lugares*, 22.

²¹ Cfr., Hipócrates, *Sobre Aires, Aguas y Lugares*, 20-23.

²² Hipócrates es heredero de la antigua y tradicional cosmovisión griega que dividía el mundo en dos continentes: Asia y Europa. Esta *imago mundi*, que se mantiene durante el siglo de oro en la obra de Hipócrates, sobrevive todavía durante el siglo IV, según consta por ejemplo, en la obra isocrática. Cfr. Isócrates, *Panegírico*, 129.

atribuida a asuntos de orden climático. El clima homogéneo asiático no favorece ni la gallardía ni la inteligencia del hombre como sí lo hace el fluctuante de Europa, porque...—los cambios en todos los aspectos son...los que despiertan la inteligencia del hombre y no le permiten estar inactivo”²³, con excepción claro está, para que quede demostrado el poder determinante de la cultura, de las ciudades griegas de Jonia y de algunas otras de bárbaros, cuya valentía procede de sus regímenes democráticos de gobierno²⁴.

Independientemente de cuanto haya acertado en la diagnosis de la epilepsia o de cuanto hay de verdadero en el diagnóstico de los pantalones escitas, lo que realmente interesa constatar es el giro que experimenta el arte médico en el siglo de oro: con Hipócrates, se separa definitivamente de la magia y del mundo del mito para ser con todo una ciencia, un arte que da cuenta del triunfo del λόγος en la medicina. No existen precedentes al esfuerzo de Hipócrates por pensar en el hombre, varón o mujer, individual o grupal, griego o bárbaro, en la óptica de los factores racionales que desde su método pueden aplicarse a todos ellos sin distinción. No obstante, la tradición mágico religiosa, vinculada con temas de salud, se mantuvo vigente por algunos siglos más, funcionando de modo paralelo con el arte hipocrático.²⁵ Contamos con testimonios de medicina mágica griega en fuentes epigráficas muy tempranas y sabemos que en plena centuria de oro se seguían practicando ritos de “antigua medicina” en Epidauro e incluso en Cos.²⁶ También la obra de Aristófanes da cuenta de la pervivencia de la antigua medicina: en el *Pluto*, por ejemplo, la divinidad es sanada de ceguera precisamente en el santuario

²³ Hipócrates, *Sobre Aires, Aguas y Lugares*, 16.

²⁴ Cfr. *Ibidem*, 16.

²⁵ Véase, Gil F., L., *Therapeia, La Medicina Popular en el Mundo Clásico*. Madrid, 1969. En la misma línea de la obra de Dodds, E.R., *Los Griegos y lo Irracional*, Madrid, 1960, que invita a mirar la otra cara de la Grecia racionalista, el profesor Luis Gil publicó este notable estudio concentrándose específicamente en aquella medicina popular de carácter mágico-religioso que, a pesar de la eficacia como de las evidencias científicas en que se sostiene la medicina hipocrática, insistió en seguir vigente. El trabajo de Gil no sólo informa acerca de la medicina popular en el mundo clásico, sino que desmitifica al mismo tiempo la hodierna creencia, también popular, de que la civilización griega sólo tuvo un rostro apolíneo.

²⁶ Cfr., Gil F., L., *Therapeia, La Medicina Popular en el Mundo Clásico, Op.cit.*, p. 29.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

de Asclepio.²⁷

La victoria de la ciencia, aún conviviendo por siglos con la medicina popular, y que con toda justicia ha sido atribuida -en reconocimiento al valor del *Corpus Hippocraticum*- al hijo de Heráclides, debe comprenderse sin embargo, en el contexto histórico de la Grecia del siglo V, contexto a partir del cual no sólo se explica el giro científicista del arte médico, sino el de las artes griegas en general. No puede ser casual que el mismo siglo de Hipócrates haya dado a luz también a Heródoto y Tucídides para la Historia, a Sócrates y Platón para la Filosofía, a Fidias, Praxíteles o Scopas para la Arquitectura y la Escultura, a Esquilo y Sófocles para las letras poéticas y a Clístenes o Pericles para las arenas políticas. Si bien la medicina nace, o si se quiere florece, y definitivamente en el jardín de las ciencias, a partir de la obra de Hipócrates, por lo que toda historia de la medicina ha de considerarlo como punto de partida, constituyéndose él mismo y legítimamente como el padre del arte médico, el siglo que lo vio nacer a él también ha de tenerse en cuenta a la hora de dar explicación al *ἀσπή* de la medicina. Aunque los méritos son de Hipócrates, o tal vez de algunos de sus discípulos, que conscientemente o no, atribuyeron su obra al maestro de Cos, el ambiente cultural e intelectual del siglo de oro, marcado por una nueva valoración de la inteligencia humana así como por una cierta secularización de la sociedad impulsó, en alguna medida, el importante paso que dio la medicina con Hipócrates.

El siglo V se abrió a la historia con una de las más decisivas hazañas griegas de la Antigüedad: el triunfo en las Guerras Médicas. En efecto, y contra todo pronóstico, el pueblo heleno, aliado como en los tiempos troyanos, supo enfrentarse y superar al enemigo más peligroso de su historia y que se presentaba entonces como el estado más poderoso: el Imperio Persa. La victoria sobre un imperio que parecía invencible y que había logrado someter bajo su yugo a los más influyentes pueblos de la Antigüedad, como a egipcios, asirios o israelíes, enseñó a los griegos, y especialmente a los de Atenas, que la grandeza es algo alcanzable por el hombre y que la razón ocupa un sitio privilegiado dentro de la constitución humana. Esta exaltación de la inteligencia y de la capacidad transformadora del hombre, creó las condiciones que hicieron posible el triunfo definitivo del *λόγος* en la filosofía, la manifestación de un arte naturalista centrado principalmente en la figura

²⁷ Cfr. Aristófanes, *Pluto*.

humana, la consolidación de la democracia como sistema de gobierno, el origen del género historiográfico y por supuesto, el cambio de ruta de la tradición médica griega generado por Hipócrates y su Escuela.

La concepción heroica de la historia de Homero y el pesimismo de los tiempos de Hesíodo, son mudados en el siglo de oro por la creencia en un progreso indefinido según consta no sólo en la obra historiográfica de Tucídides²⁸ sino también en el *Corpus Hippocraticum*. El tratado *Sobre la Antigua Medicina* distingue el origen del arte médico, junto con el de las demás artes, como el paso de la barbarie a la civilización, constituyéndose de este modo, además de un interesante informe acerca de la medicina que los hipocráticos reconocen como verdadera con anterioridad a su escuela, en una sugerente reflexión de teoría de la historia.²⁹ El tratado sostiene como el origen de la medicina está estrechamente ligado al de la cocina; la mezcla de los alimentos es para Hipócrates la antesala de la medicina y a la vez de la civilización, porque la medicina en buena parte de lo que al arte curativo se refiere, descansa en lo que podría llamarse el “arte de las dietas”. —¿Dónde está, pues, la diferencia de intención —se pregunta Hipócrates— entre aquel que llamamos médico y reconocemos como practicante, que descubrió la dieta y nutrición para los enfermos, y aquel otro que por primera vez descubrió y elaboró para todos los hombres la alimentación que ahora tomamos, tan distinta de aquella otra dieta salvaje y propia de fieras? Porque a mí el razonamiento me parece el mismo, y único e idéntico el hallazgo³⁰.

La nueva medicina de Hipócrates tuvo también sus detractores. Muchos, aferrados la mayoría a la tradición de la antigua medicina, utilizaron paradójicamente, y muy a tono con los tiempos, argumentos propiamente racionales para desprestigiar el arte hipocrático: si la medicina en cuanto ciencia realmente existiera —argumentaban—, entonces ¿cómo podría explicarse el hecho de que algunos enfermos logren su curación sin médico y que otros

²⁸ Al comienzo de su obra, y luego de hacer explícito que no cuenta con suficientes pruebas fidedignas para referir con detalles la historia de los antiguos griegos, Tucídides muestra como la cultura de aquellos tiempos lejanos fue de suyo muy inferior a la que ostentaba la Grecia de sus días. Sin resquemores, el historiador compara algunas de las costumbres de los antiguos con las de pueblos bárbaros. Cfr. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 1-11.

²⁹ Cfr., Hipócrates, *Sobre la Antigua Medicina*, 1-7.

³⁰ Hipócrates, *Sobre la Antigua Medicina*, 7.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

en cambio se agraven e incluso mueran en las manos de uno?³¹ A medida que la ciencia se vio forzada a dar respuesta a este tipo de cuestiones, lo que consta en varios de los tratados del *Corpus*³², surge una valiosa y novedosa reflexión epistemológica. Aunque definitivamente la Epistemología cobra forma con Platón, podría decirse que, poco antes, en el mismo parto en que vio la luz la ciencia médica lo hizo también la Epistemología. Para Hipócrates, los criterios del arte, deben definirse a partir de su máximo opuesto, el azar: —Hayen efecto, profesionales; algunos son malos, pero otros son excelentes; y esto sería imposible si no hubiera en absoluto un arte médico o éste no hubiese investigado ni descubierto nada, ya que todos los médicos serían entonces igualmente inexpertos e ignorantes y todo lo relativo a la enfermedad estaría regido por el azar³³. Así pues, el propio origen histórico de la medicina valida su condición de ciencia, puesto que su descubrimiento no ha sido sino el resultado de un trabajo científico y de ningún modo el fruto de acontecimientos azarosos. Todo tiene para Hipócrates una causa, siempre algo determina que las cosas sean como son, y el hallazgo de esas causas es para él, una de las tareas primordiales del médico: —Pueso espontáneo no aparece por ningún lado apenas se examina la cuestión. Porque todo lo que acontece puede mostrarse que sucede por algo, y en este —por algo³⁴ se ve claro que lo espontáneo no tiene ninguna realidad, sino que es sólo un nombre. Y la medicina, tanto en esos resultados —por algo³⁴ como en los actos de previsión, se ve y se ha de ver siempre que tiene una realidad³⁴.

El enfoque marcadamente etiológico de la nueva medicina inaugurada por Hipócrates es otro de los aspectos que permiten precisamente distinguirla de la que él mismo llamó —antigua medicina³⁴. La práctica tradicional insistía mucho más en aspectos descriptivos de las enfermedades que permitiesen diagnosticarlas, lo cual es insuficiente para Hipócrates, convencido de que la sanación de un mal es posible sólo cuando han sido exploradas sus causas. —Todas nuestras enfermedades -señala- se originan a partir de la bilis en

³¹ Cfr., Hipócrates, *Sobre la Ciencia Médica*, 4-6.

³² Cfr., Hipócrates, *Sobre la Antigua Medicina*; *Sobre la Ciencia Médica*, *Sobre la Decencia*.

³³ Hipócrates, *Sobre la Antigua Medicina*, 1.

³⁴ Hipócrates, *Sobre la Ciencia Médica*, 6.

cuanto causas internas, y en cuanto a las causas externas, por las fatigas, las heridas, el excesivo calor y el excesivo frío”³⁵. En este aspecto, y en relación con la también naciente Historiografía del siglo de oro, la medicina hipocrática se aproxima mucho más a la obra de Tucídides que a la de Heródoto. Aunque es posible encontrar en la obra del padre de la Historia fragmentos en los cuales procura explicar la enfermedad de un pueblo a partir de consideraciones climáticas, como que los egipcios son después de los libios el pueblo más sano del mundo puesto que no son afectados por grandes cambios de estaciones³⁶, asunto en el que existe plena concordancia con Hipócrates³⁷, no descarta la intervención divina como fuente de explicación tanto de enfermedades como de acontecimientos humanos en general, por ejemplo, acepta sin más que la impotencia de los escitas encuentra su origen en el castigo enviado por Afrodita luego de que saquearan su templo³⁸. En Tucídides en cambio, hallamos una mayor inclinación hacia una exploración etiológica de los sucesos humanos. Las pestes dejan con él de ser maldiciones de los dioses, y aunque no siempre explora las causas de las enfermedades, tarea que desbordaba probablemente las posibilidades de su oficio, al menos se esfuerza por describirlas con precisión clínica³⁹. En el ámbito del devenir histórico propiamente tal en cambio, diferencia con genialidad las causas (‘αἰτία) de los pretextos o motivos ocasionales (προθάζειν), respondiendo a la distinción hipocrática de causas y síntomas de la enfermedad⁴⁰. Es posible igualmente establecer una analogía entre el buen político de Tucídides, que debe ser útil al pueblo sin perjudicarlo⁴¹, y el buen médico hipocrático, definido igualmente por su vínculo de utilidad con el enfermo. No parece casual que el historiador, que cree en el poder de los políticos para el bien de la sociedad, reproduzca sus discursos cuidando de su retórica. Parece de algún modo esbozarse la analogía entre el médico y el orador explícita en

³⁵ Hipócrates, *Sobre las Enfermedades* I, 2.

³⁶ Cfr., Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, II, 77.

³⁷ Cfr., Hipócrates, *Sobre Aires, Aguas y Lugares*, 13.

³⁸ Cfr., Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, I, 105.

³⁹ Cfr. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 47-51.

⁴⁰ Cfr. Rodríguez A., F., “Introducción”, en: Rodríguez A., F., *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid, 1952, p.22.

⁴¹ Cfr. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 65.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

Platón⁴², -que ya anticipaba el sofista Gorgias en su *Elogio a Helena*⁴³ - según la cual, se considera verdadero orador a aquel que porque conoce los distintos tipos de alma sabe qué discurso utilizar para lograr la persuasión de públicos diversos, y auténtico médico a quien consigue la curación de sus enfermos en perfecto conocimiento de ellos y de sus males⁴⁴.

Para defender tanto su carácter de arte propiamente tal como sus metodologías propias, la medicina requirió pues desde sus orígenes, una seria reflexión filosófica que no estuvo exenta de disputas en el seno mismo de hipocratismo. Hubo quienes sostuvieron que la auténtica práctica de la medicina debía prescindir de cuestiones filosóficas, según consta en el tratado *Sobre la Antigua Medicina*, en la convicción de que el ejercicio médico no requiere de un conocimiento previo de la naturaleza humana sino que éste se alcanza precisamente, como consecuencia del conocimiento que trae consigo la práctica médica. El objetivo del médico debe ser la observación y el registro de las reacciones del cuerpo frente al medio que lo rodea como a las acciones del régimen que se le aplique. Conforme a tal conocimiento, podrá el médico determinar las características de la naturaleza humana. —Dice algunos médicos y sabios que no sería posible saber medicina sin saber qué es el hombre... tiende su lenguaje a la filosofía... Pienso, por mi parte, que todo aquello que los médicos y sabios han dicho y escrito sobre la naturaleza se ajusta menos al arte de la medicina que de la literatura; y creo, además, que sólo a partir de la medicina es posible conocer algo cierto de la naturaleza”⁴⁵.

⁴² Dice Platón en labios de Sócrates: —La medicina y la retórica se parecen. Ambas exigen un exacto análisis de la naturaleza, la una de la del cuerpo, y la otra de la del espíritu, sino se quiere tomar por guía la rutina y la experiencia solas, sino pedir al arte sus luces para dar al cuerpo la fuerza y la salud por remedios y por el régimen, y hacer penetrar en las almas la persuasión y la virtud con sabios discursos y útiles enseñanzas.” Platón, *Fedro o de la Belleza*. Hemos consultado la traducción española de Juan Garriga en: Garriga, J., *Platón, Diálogos*. Barcelona, 1947, p. 186.

⁴³ Gorgias señala que así como el fármaco ejerce poderes curativos sobre el cuerpo así mismo lo hace el arte retórico sobre el alma. Cfr. Gorgias, *Elogio a Helena*, 14 Hemos revisado la edición bilingüe greco-italiana en: Donadi, F., *Gorgia, Encomio Di Elena*, Roma, 1982.

⁴⁴ La íntima vinculación entre cuerpo y alma sostenida por Platón es recogida más tarde por Galeno, quien dedica un tratado especialmente para el tratamiento de este tema. Cfr. Galeno, *Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo*.

⁴⁵ Hipócrates, *Sobre la Antigua Medicina*, 20.

Se trata pues de llegar al saber teórico sobre el hombre a partir de la *praxis*, y no de predeterminar la *praxis* desde consideraciones teóricas preliminares. No obstante, encontramos expuesta la postura exactamente contraria en tratados como *Los Vientos*, *Régimen*, *Sobre las Carnes* o *Hebdomada*. En el primero se adhiere a la vieja postura monista de Anaximandro de Mileto: así como todo encuentra su origen en el aire, así mismo las enfermedades humanas y el mismo hombre. En *Régimen* la postura es dualista en cuanto la naturaleza humana se define por la participación de dos elementos a la vez opuestos y complementarios, el agua, fría y húmeda, y el fuego, caliente y seco. La cosmología en *Sobre las Carnes* considera la participación de tres elementos en la configuración del hombre: agua, fuego y aire. Por último, y como la palabra *Hebdomada* lo indica, existe también la postura de explicar el universo todo, y por tanto también al hombre, a partir de la perfección del número siete. Por último, y presentándose el asunto aún más complejo, se sugiere, en el tratado *Sobre la Decencia*, una posición ecléctica: —hay que conducir la sabiduría a la medicina y la medicina a la sabiduría.⁴⁶

Pólipo, el gran discípulo de Hipócrates, participó igualmente de estas disputas inclinándose por la postura de una medicina no filosófica. En el tratado *Sobre la Naturaleza del Hombre* pretende zanjar definitivamente esta cuestión esgrimiendo dos sólidos argumentos. Primero, que los elementos cosmológicos que componen la naturaleza como el aire o el fuego no son observables sino sólo inferibles en el cuerpo del hombre y, segundo, que dichos elementos no son capaces por si mismos de explicar la enfermedad y el dolor. Para Pólipo, la naturaleza humana está formada, según ha podido comprobar a partir de la experiencia, por los cuatro humores, que en estado de salud se mezclan equilibrados y en estado de enfermedad no⁴⁷.

Más allá de estas disputas, que evidencian la complejidad y el carácter contradictorio del *Corpus Hippocraticum*, aquello que debe atenderse con mayor interés es, en primer lugar, la evidente formación de una medicina como *ἡσθη*, esto es, como un saber y una práctica, que en esfuerzo por escindirse de las esferas de la religión y de la magia, se constituye como ciencia y arte al mismo tiempo. Y, en segundo término, el que de ningún modo la postura antifilosófica que predomina entre las diversas corrientes que

⁴⁶ Hipócrates, *Sobre la Decencia*, 5.

⁴⁷ Cfr. Hipócrates, *Sobre la Naturaleza del Hombre*, 4 y *Sobre los Humores*.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

presenta el *Corpus*, impide advertir la significativa influencia de la filosofía presocrática sobre la medicina en sus orígenes. —fueron los médicos griegos, disciplinados por el pensamiento normado de sus precursores filosóficos, los primeros que fueron capaces de crear un sistema teórico que pudiese servir de base de sustentación a un movimiento científico”⁴⁸.

El perfil esencialmente práctico de la medicina hipocrática se manifiesta en una de las grandes constantes del *Corpus*, y que supera con mucho las diferencias intestinas propias de una obra compuesta por más de un autor, a saber, el carácter ineludible de la “observación clínica” para el oficio médico. Efectivamente, por primera vez en la historia de la medicina, somos testigos de fichas clínicas que individualizan a cada enfermo. A diferencia de lo que había sido la medicina tradicional griega, inclinada hacia la descripción de enfermedades, o la entonces famosa y difundida medicina egipcia, que según nos informa Heródoto por la misma razón había tendido a una extrema especialización⁴⁹, la medicina hipocrática centró su atención más en el estudio de los síntomas, la prognosis y la terapéutica de cada enfermo en particular, que en el conocimiento de las enfermedades en general.

A partir de la observación metódica, registrada en la ficha clínica, el médico debía orientar su trabajo hacia la reconstrucción, a partir de lo visible, del mundo invisible que yace dentro del cuerpo de cada hombre y que resultaba imprescindible conocer. De este modo los médicos de la escuela de Cos conocieron los principales órganos (a los que denominaron *σχηματα*, —estructuras”) del cuerpo humano como, el corazón, el pulmón, los riñones, el bazo, la vejiga y el cerebro, considerado de entre todos el más poderoso: ...—Pueses nuestro interprete, cuando está sano, de los estímulos que provienen del aire. El aire le proporciona el entendimiento. Los ojos, los oídos, la lengua, las manos y los pies ejecutan aquello que el cerebro percibe. Pues en todo el cuerpo hay entendimiento, en tanto que hay participación del aire, pero el cerebro es el transmisor de la conciencia”.⁵⁰

Conocieron igualmente los músculos, aunque no su capacidad de

⁴⁸ Jaeger, W., *Paideia, los Ideales de la Cultura Griega*. Madrid, 1981, p. 786.

⁴⁹ —Reparten en tantos ramos la medicina, que cada enfermedad tiene su médico aparte, y nunca basta uno solo para diversas dolencias. Hierve en médicos Egipto: médicos hay para los ojos, médicos para la cabeza, para las muelas, para el vientre; médicos, en fin, para los achaques ocultos.” Heródoto, *Nueve Libros de la Historia*, II, 84.

⁵⁰ Hipócrates, *Sobre la Enfermedad Sagrada*, 19.

contracción; las venas, pero confundidas con las arterias; y los nervios, que no distinguieron de los tendones. Todo lo cual constituye una singular hazaña si se tiene en cuenta que esta medicina no practicó la disección.

El método de conocimiento se apoyó principalmente en tres aspectos. La analogía, que compara realidades conocidas con comportamientos internos del cuerpo, como el hervor del agua con la digestión humana. La interpretación de signos visibles, como los brotes en la piel, las erupciones, el cambio de color o las hinchazones. Y por último, una incipiente experimentación, que violentando al enfermo sin dañar su naturaleza, lo somete a situaciones artificiales, como una exigencia física para observar el comportamiento de la respiración por ejemplo, con el fin de auscultar aquellos males que se ocultan a las evidencias sintomáticas⁵¹.

La Escuela Hipocrática no sólo puso cuidado en la enseñanza de los métodos de conocimiento, los estudios etnográficos, el flujo de los humores corporales o el régimen de las dietas alimenticias. La ciencia médica nace también estrechamente ligada a lo que constituirá siempre una de sus principales preocupaciones, la ética que debe observarse para una auténtica formación integral del médico. Probablemente sea este el aspecto más conocido de la tradición de Cos en nuestros tiempos, después de que el descubrimiento de la célula, iniciado por Robert Hooke en 1665, echara al olvido buena parte de las conclusiones médicas de Hipócrates.

La ética hipocrática, contenida en el famoso *Juramento*, se apoya principalmente en el hecho de que la ciencia médica no se preocupa sólo de las enfermedades sino también de los enfermos. El médico no debe convertirse en un experto conocedor de males si por ello descuida aquello que da sentido a su arte: la cura de los enfermos que los padecen. La gran máxima hipocrática exige a los médicos ser útiles al enfermo sin perjudicarlo, es decir, serle de provecho hasta donde le es posible al artista con su arte. Más allá, toda experimentación que ponga en riesgo al enfermo es inaceptable, aunque pudiese ser de interés para la ciencia.

La segunda parte del *Juramento*, resume de buena manera la ética médica hipocrática. Fruto de la reflexión del médico sobre su quehacer y sus deberes, se forma una deontología simple, escueta y específica tenida hasta nuestros días como modélica:

⁵¹ Cfr. Hipócrates, *Sobre la Ciencia Médica*, 9-11.

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

—Hará uso del régimen dietético para ayuda del enfermo, según mi capacidad y recto entender: del daño y la injusticia le preservaré.

No daré a nadie, aunque me lo pida, ningún fármaco letal, ni haré semejante sugerencia. Igualmente tampoco proporcionaré a mujer alguna un pesario abortivo. En pureza y santidad mantendré mi vida y mi arte.

No haré uso del bisturí ni aun con los que sufren del mal de piedra: dejaré esta práctica a los que la realizan.

A cualquier casa que entrare acudiré para asistencia del enfermo, fuera de todo agravio intencionado o corrupción, en especial de prácticas sexuales con las personas, ya sean hombres o mujeres, esclavos o libres.

Lo que en el tratamiento, o incluso fuera de él, viere u oyere en relación con la vida de los hombres, aquello que jamás deba trascender, lo callaré teniéndolo por secreto.

En consecuencia séame dado, si a este juramento fuere fiel y no lo quebrantare, el gozar de mi vida y de mi arte, siempre celebrado entre todos los hombres. Mas si lo transgredó y cometo perjurio, sea de esto lo contrario”⁵².

Es evidente que el trato constante del médico con los enfermos, con sus dolencias y sufrimientos, despertó su sensibilidad, inclinándolo hacia la reflexión sobre los asuntos humanos más hondos como la felicidad y el dolor, la bondad y la maldad o la vida y la muerte. —La vida es breve; —enseña el primero de todos los aforismos- la ciencia, extensa; la ocasión, fugaz; la experiencia, insegura; el juicio, difícil”⁵³.

La preeminencia del enfermo por sobre la enfermedad y todas las preocupaciones de este arte, hizo pues de la medicina hipocrática, una ciencia literalmente humanista. Enfrentado el médico a las mayores tragedias humanas en su labor cotidiana, requirió de férreas convicciones en el plano de la ética que orientaran su tarea e iluminaran las decisiones más difíciles, como se observa en el citado *Juramento*.

Podría decirse, dejando de lado consideraciones estilísticas y técnicas, que existió mucho de común entre la tarea de médicos y trágicos en el siglo V: mientras unos asisten al espectáculo del sufrimiento humano más descarnado, los otros hacen de la tragedia del hombre precisamente un

⁵² Hipócrates, *Juramento*

⁵³ Hipócrates, *Aforismos*, 1

aleccionador espectáculo.

Es posible advertir cierta influencia de la obra hipocrática en Sófocles y en Eurípides, a juzgar tanto por las analogías entre las descripciones sintomáticas de la epilepsia en el *Corpus* y las de la demencia en las representaciones teatrales, como por el realismo con que son tratadas las enfermedades en la escena dramática y en las fichas médicas hipocráticas. No obstante, en ambos autores trágicos, y sobre todo en Sófocles, existe una visión muy diferente de los asuntos medulares de la vida del hombre y de su situación en el cosmos, en relación con el pensamiento hipocrático. Mientras la medicina cree en la razón como agente transformador de la realidad, Sófocles es más conservador y sigue predicando acerca del poder del destino. Entretanto Hipócrates fundamenta su saber en un determinismo causal explicable, Sófocles hace un llamado al hombre, en medio de un ambiente secularizado, para que oriente su mirada hacia los dioses y la *μοῖρα* que tienen reservada para él. Y al mismo tiempo que el médico puede curar las enfermedades aplicando correctamente las dietas, alterando con su intervención el curso de los acontecimientos, Edipo y su familia no conocen más que de fatalidad ineludible. Es que —..el destino trágico de los personajes de la tragedia representa lo que puede llegar a ocurrirle a la πόλις o al πολίτης si no atiende a los dioses, que para los trágicos, ya no son las divinidades ajenas e implacables del horizonte homérico, sino dioses que representan valores trascendentales cada vez menos simbólicos...”⁵⁴

Parece ser, en efecto, que la tragedia constituye el revés de la moneda de un siglo caracterizado, según se ha señalado, por el racionalismo y la secularización principalmente, presentes ambos con toda claridad en la historiografía, sobre todo *— Tucídidea*”, en las artes plásticas, en la filosofía y en la nueva medicina inaugurada por Hipócrates.

Es preciso convenir que así como la tragedia ofrece con grandeza una alternativa frente a los signos modernos del clasicismo griego, así mismo lo hace éste, con relación a la cultura de los siglos precedentes, a través de sus creaciones artísticas, sus experiencias políticas y sus innovaciones intelectuales y científicas. Es en esta última dimensión donde adquirió sobresaliente importancia el trabajo de Hipócrates, cuya medicina, no sólo ofreció alivio a muchos de sus contemporáneos y ciencia a sus discípulos y compañeros de oficio solamente, sino que siguió haciéndolo por siglos.

⁵⁴ Soto A., R., —Aproximación a la Tragedia Griega”, *Byzantion Nea Hellás*, 21, (Santiago de Chile, 2002), p.54

Roberto Soto A., El origen de la medicina en Occidente: Hipócrates y su...

Especial mención amerita, en la larga pervivencia del arte hipocrático, la obra realizada en tiempos romanos por Galeno, quien a pesar de administrar una medicina más moderna, que ya desde los tiempos helenísticos había incorporado la práctica de la vivisección por ejemplo, mantuvo viva la tradición hipocrática. Se habían sumado a la medicina además, también en la época helenística, las conclusiones de Aristóteles sobre la funcionalidad de los órganos del cuerpo que desestimaban la teoría de las “estructuras” hipocráticas. Galeno —utiliza la historia, la filología, la diatriba, la retórica, para, al final, dar por bueno y alabar lo utilizado por Hipócrates, y así defender su propio sistema de actuación médica. En cierto sentido idealiza el personaje de Hipócrates exaltando el valor de los trabajos médicos de la época clásica, para combatir mejor las doctrinas contemporáneas opuestas a las suyas”⁵⁵.

En su tipificación humana, Galeno reserva al médico de Cos un sitio en su cuarta categoría o *coro*, que sobresale de las anteriores porque sus miembros no van por la vida sólo a la zaga de la fortuna, sino que: o llevan una vida decorosa, o destacan en el ejercicio de sus artes, o se comportan con obediencia frente a sus órdenes, o no vulneran la ley en la práctica de sus oficios. Enseña Galeno a sus discípulos: —«Lo que si tomas en consideración la calidad de este coro, no te limitarás a emularlo sino que acabarás adorándolo. En él se encuentra Sócrates y Homero, Hipócrates y Platón y los admiradores de éstos, a los que veneramos de modo semejante a los dioses, en calidad de asistentes de Hermes”⁵⁶.

Conforme el transcurso de los siglos, la medicina no ha cesado en su esfuerzo científico por conocer mejor la corporeidad humana, sus afecciones, sus síntomas y su terapéutica. Lo mismo que la ardua tarea por conseguir un constante perfeccionamiento de su metodología de investigación y de ejercicio, no ha conocido pausa en la historia occidental. Todo lo cual, si bien ha ido transformando paulatinamente el *Corpus Hippocraticum*, de una indispensable obra para el ejercicio de la medicina -como fue desde los

⁵⁵ García S., M., “Introducción”, en: García S., M., *Galeno, Sobre los Lugares Afectados*. Madrid, 1997, p.37.

⁵⁶ Galeno, *Exhortación a la Medicina*, 5. Hemos consultado la traducción española en: Martínez, M., T., *Galeno, Tratados Filosóficos y Autobiográficos*. Madrid, 2002.

tiempos antiguos hasta los albores de los modernos⁵⁷ - en una valiosa fuente para el estudio de historiadores, etnógrafos y filólogos, consideradas hoy en día obsoletas la mayoría de las conclusiones médicas de Hipócrates, el espíritu científico de su obra, la rigurosidad de sus metodologías de trabajo, el amor por el bienestar del hombre así como la ética estricta que obliga al médico a deberse al bienestar del enfermo por sobre cualquier otro interés, siguen gozando, y así será por mucho tiempo más –en la medida que Occidente se mantenga fiel a su destino-, de la más lozana y saludable vitalidad⁵⁸.

⁵⁷ Como es el caso de la investigación médico etnográfica que hiciera de México el estudioso de Salamanca don Diego Cisneros en siglo XVII, apoyado en el método hipocrático. Cfr. Cisneros, D., *Sitio, Naturaleza y Propiedades de la Ciudad de México*, (Primera edición 1617). Madrid, 1992.

⁵⁸ Para un mejor conocimiento de la medicina antigua en general y de la medicina hipocrática y su influencia en el mundo antiguo greco-romano y en la historia occidental posterior, recomendamos la consulta de la siguiente bibliografía: André, J., *L'Alimentation et la cuisine à Rome*, París, 1981. Cohn-Haft, L., *The public Physicians of ancient Greece*, Northampton, 1956. Corvisier, J.N., *Santé et société en Grèce ancienne*, París, 1985. Di Benedetto, V., *Il medico e la malattia. La scienza di Ippocrate*, Turin, 1986. Eastwood, B.S., "The place of Medicine in a hierarchy of Knowledge", *Sudhoffs Archiv. Für Geschichte der Naturwissenschaften und Medizin*, 26, pp. 299-316. García B., L., *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo*, Madrid, 1972. García D., E., *Historia de la Medicina*, Madrid, 1924. García S., M. *Galeno, Sobre los Lugares Afectados*, Madrid, 1997. Gil F., L., *Therapeia, La Medicina Popular en el Mundo Clásico*, Madrid, 1969. Gourevitch, D., *Le triangle hippocratique dans le monde gréco-romain. Le malade, sa maladie et son médecin*, Roma, 1984. Grmek, M.D., *Storia del pensiero medico occidentale*, Vol. 1, *Antichità e Medioevo*, Roma, 1993. Jackson, R., *Doctors and Diseases in the Roman Empire*, Londres, 1988. Joly, R., "Platon et la médecine", *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, París, 1961. Jones, W.H.S., *Philosophy and Medicine in Ancient Greece*, Baltimore, 1946. Jouanna, J., *Hippocrate*, París, 1992. Lain E., P., *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970. Lain E., P., *Historia Universal de la Medicina*, Vol. II, *Antigüedad Clásica*, Barcelona, 1972. López F., J.A., *Tratados hipocráticos*, Madrid, 1992. López F., J.A., *Galeno: Obra, pensamiento e influencia*, Madrid, 1991. López P., J., *Historia de la Medicina*, Madrid, 1990. Manuli, P., *Medicina e antropologia nella tradizione antica*, Turin, 1980. Manuli, P., Vegetti, M., *Cuore, sangue e cervello. Biologia e antropologia nel pensiero antico*, Milán, 1977. Moraux, P., *Galien de Pergame. Souvenirs d'un médecin*, París, 1985. Mudry, P., Piegeaud.J., *Les écoles médicales à Rome*, Génova-Nantes, 1991. Nutton, V., *Galien: Problems and Prospects*, Londres, 1981. Nutton, V., *From Democedes to Harvey*, Londres, 1988. Scarborough, J., *Roman Medicine*, Londres,

1969. Vintrolá, E., *Hipócrates y la nosología hipocrática*, Barcelona, 1972. Von Staden, A., *Herophilus. The Art of Medicine in Early Alexandria*, Cambridge, 1989.

THE ORIGIN OF MEDICINE IN THE WEST: HIPPOCRATES AND HIS LEGACY.

This work offers a historical account of the beginnings of medicine in Classic Greece, starting from Hippocrates, whom the Hellenes themselves, both in Antiquity and till our own days, acknowledge as the father of medical art. The article dwells on the exposition of the troublesome historiographical fact that the *Corpus Hippocraticum* is the key source available regarding the knowledge of western medicine's first steps, which has traditionally been called "the Hippocratic question". With a complete bibliographical annotation, this article invites also the qualitative evaluation of the successes achieved by ancient medicine in the fields of medical science as well as in those of anthropology and ethics.